

HETERONORMATIVIDAD Y NOVELA FAMILIAR EDÍPICA EN EL LENGUAJE PERDIDO DE LAS GRÚAS DE DAVID LEAVITT: APROXIMACIONES DESDE EL PRISMA FOUCAULTIANO

Suzzi, Guillermo Sebastián; Gomariz, Tomás; Arévalo, Luciano; Martínez, Ariel
Universidad Nacional de La Plata. La Plata, Argentina.

RESUMEN

A partir de la novela *El lenguaje perdido de las grúas*, el presente trabajo se propone reflexionar sobre la heteronormatividad como escollo epistemológico propio de la teoría psicoanalítica para tematizar posicionamientos e identidades no heterosexuales. Esta pieza literaria narra experiencias dolorosas que giran en torno a la homosexualidad en una familia de clase media de Estados Unidos a mediados de los ochenta. El relato, que plasma la vivencia de la homosexualidad y la ruptura de la unidad familiar heteronormada, encuentra en el psicoanálisis una referencia que, de modo implícito, permite señalar la inestabilidad inherente a tal estructura normativa. Su título se desprende de un caso clínico que el autor introduce en el relato e indica la potencia que este le atribuye al psicoanálisis para desmantelar la narrativa familiar. Sin embargo, aportes de cuño foucaultiano permiten considerar el modo en que las sutiles referencias al psicoanálisis reintroducen una teleología heteronormativa que, finalmente, no desafía las identidades producidas por la estructura edípica. De este modo, el trabajo recorre la narrativa presentada junto a consideraciones concernientes a la dimensión epistemológica señalada. Las articulaciones ofrecidas pretenden advertir sobre la a-historicidad y universalización que envuelve a las lecturas deterministas y exclusivamente intrasubjetivas de la novela familiar edípica.

Palabras clave

Heteronormatividad - Identidad - Psicoanálisis - Edipo

ABSTRACT

HETERONORMATIVITY AND OEDIPICAL FAMILY NOVEL IN DAVID LEAVITT'S *THE LOST LANGUAGE OF CRANES*: APPROACHES FROM A FOUCAULTIAN PRISM

From a reading of the novel *The Lost Language of Cranes*, this study aims to reflect on heteronormativity as an epistemological pitfall proper to psychoanalytic theory in order to thematize non-heterosexual identities and positions. This literary piece narrates painful experiences related to homosexuality in an American middle-class family in the mid-1980s. The story, which depicts the experience of homosexuality and the rupture of the heteronormative family unit, finds in psychoanalysis a reference that implicitly points to the inherent instability of such a normative

structure. Its title derives from a clinical case that the author introduces in the story which points to the power he attributes to psychoanalysis as a tool capable of dismantling the family narrative. However, Foucauldian contributions allow us to consider the way in which subtle references to psychoanalysis reintroduce a heteronormative teleology that, in the end, does not challenge the identities produced by the oedipal structure. In this way, the paper runs through the narrative presented along with considerations concerning the epistemological dimension pointed out. The articulations offered are intended to warn about the non-historicity and universalization that surrounds the deterministic and exclusively intrasubjective readings of the oedipal family novel.

Keywords

Heteronormativity - Identity - Psychoanalysis - Oedipus

Introducción

La intensidad de las políticas de identidad en el contexto norteamericano, durante los años '80, propició el florecimiento de múltiples aproximaciones académicas y culturales vinculadas con colectivos excluidos del reconocimiento normativo. Las políticas de derecha, tendientes a afianzar valores tradicionales y conservadores en torno a la familia, coexistieron tensamente con la epidemia del SIDA. Durante esta década oscura, en la que miles de homosexuales, junto a sus circuitos culturales, fueron activamente aniquilados por la ausencia de políticas públicas, Ronald Reagan actuó como si la epidemia no existiera. Esta experiencia traumática se tradujo en la proliferación de una renovada politización sobre las sexualidades disidentes, intervenciones públicas, circulación de diversos ensayos y la publicación de obras literarias y cinematográficas. En este contexto, a finales de los años '80, cuando Reagan pronunció públicamente por primera vez la palabra SIDA, David Leavitt publicó su primera novela: *El lenguaje perdido de las grúas* (1994).

Como un emergente notable de aquel contexto, la novela de Leavitt describe las ansias de aventuras (homo)sexuales de un padre de familia, Owen, y la forma en que el irrefrenable deseo colisiona con la búsqueda de un lenguaje que permita hallar reconocimiento normativo. Dividida en cuatro secciones y relatada por un narrador omnisciente, la novela narra las expe-

riencias dolorosas de los Benjamins, una familia de clase media estadounidense formada por el matrimonio entre Owen y Rose, y su hijo Philip. En un nivel superficial, la novela relata el primer romance de Philip con un joven —Eliot— y el conflictivo enfrentamiento con su identidad sexual en un entorno social y familiar inestable y frío. Resulta curioso que el título de la novela proviene del relato clínico de un niño, Michel, que emula los sonidos y los movimientos mecánicos de las grúas de Manhattan. Este breve hilo narrativo, que parece de importancia secundaria para la historia de los Benjamins, podría interpretarse como un recurso del autor para instalar su preocupación por la relevancia del lenguaje y la comunicación en un entorno social en el que la sexualidad, vinculada con la muerte, se encuentra envuelta en una atmósfera de silencio impenetrable que se expresa continuamente mediante manifestaciones emocionales de los personajes.

En este marco nos interesa realizar algunas observaciones a partir de Michel Foucault y Eve Kosofsky Sedwick, cuyos aportes permiten señalar que, en principio, la apelación al psicoanálisis por parte de Leavitt parece sostenerse en la posibilidad de incluir una matriz de interpretación capaz de identificar el conflicto subyacente al sufrimiento de identidades homosexuales. Sin embargo, los aportes críticos de corte posestructuralistas son capaces de exponer los supuestos heteronormativos en torno a las identidades y a la familia, que operan como aprioris epistémicos.

Es indudable la pregnancia que el psicoanálisis ha tenido en el tejido social de occidente durante el siglo XX. Ya sea porque sus conceptos capturaban una verdad sustancial acerca del modo en que la subjetividad y sus conflictos intrínsecos funcionan, o debido a que sus saberes se entranan perfectamente con aquellos dispositivos que producen al sujeto moderno, lo cierto es que la forma en que aquella teoría plasma la dinámica conflictiva de la sexualidad se ha integrado en las producciones culturales contemporáneas. Un claro ejemplo es el título de la novela de Leavitt que aquí nos interesa señalar: *El lenguaje perdido de las grúas* refiere a un caso clínico que el autor toma de François Péraldi (1978). No nos interesa en esta oportunidad aludir al caso sino observar la forma en que su inclusión en la novela revela el interés del autor por el psicoanálisis. A partir de allí podemos conjeturar que los anudamientos entre la complejidad vincular que puebla la trama de la novela y los conflictos que el psicoanálisis expone como estructurantes de la subjetividad —los cuales aluden a la sexualidad— no son ingenuos. Con todo, la novela nos muestra un vínculo conyugal frío y distante, entre Owen y Rose, invadido por una agresión subterránea. Progresivamente encontramos motivos para comprender el derrumbe de la devoción conyugal. En algún momento, Owen fue una figura de protección para Rose, hasta que la silenciosa exploración que Owen realiza en torno a su homosexualidad instala una tensión

ominosa entre ellos, un desapegado vínculo de convivencia. Como un arqueólogo que se lanza en búsqueda de claves históricas y vivenciales de comprensión en las profundidades biográficas, Leavitt nos presenta fragmentos del pasado de los protagonistas. En el caso de Rose, tempranamente pensaba en el noviazgo y en las razones para casarse. Enredada conflictivamente con sus padres, Rose se siente atrapada en un hogar minado por el poder y la decepción. Leavitt invoca la ambivalencia e intensidad que caracteriza al clima edípico descrito por el psicoanálisis freudiano: “un elemento determinante de la estructuración subjetiva [...], tiempo en el cual se van a determinar los modos de pautación de la sexualidad en tanto ordenamiento del deseo genital [...]. Las formas de organización edípicas [...] en tanto deseo por los progenitores [...] en tanto ordenamiento de las relaciones de los sexos, es por supuesto posterior y ordenador de las constelaciones deseantes originarias, que son pulsionales” (Bleichmar, 2000, p. 49). Este entramado ambivalente de idealización y hostilidad empuja a Rose fuera de su núcleo familiar. Escapando de un clima parental que obstaculiza la autonomía de pensamiento (Aulagnier, 2004), la partida de Rose despierta la ira de sus padres, quienes exigieron lealtad a sus hijas desde la temprana infancia. Las consecuencias de las exigencias edípicas, incluido el recrudecimiento de la tiranía parental —que cuenta con el respaldo de la ‘política sexual’ (Millelt, 1995) que organiza toda trama familiar— arrojaron una violenta red identificatoria de la cual Rose no pudo salir ilesa. La internalización de la culpa enfrenta a Rose consigo misma como una traidora por haber expandido los límites del mundo más allá del discurso y el deseo parental (Aulagnier, 1991; 2004). En este contexto, Owen configura una pieza que encastra a la perfección con la lógica endogámica de su familia que pervive en la subjetividad de Rose. Bajo la esperanza de que Owen es alguien que la puede salvar y cuidar, consolidando el *dictum* freudiano respecto a que “el hallazgo {encuentro} de objeto es propiamente un reencuentro” (Freud, 1979, p. 203), Rose vuelve a su seno familiar bajo la cabal y errónea convicción de huida. Owen era tan amable con Rose que ella tuvo que tomar la iniciativa, luego del matrimonio, para concretar el encuentro sexual. Ante los ojos de Rose, velados por tempranas identificaciones y elecciones de objeto, Owen es una figura protectora cuya pasividad lo distancia de la tiranía de su padre. Tal como han señalado varias pensadoras feministas, Rose es presa del modo en que opera la heterosexualidad como régimen político mediante el tenso clima de la familia edípica (Chodorow, 1994; Wittig, 2005; Butler, 2008). Como no podía ser de otro modo, Owen también lo es. Su padre también es un tirano. Al igual que Rose, y acompañado por el fértil clima de protesta social de mediados de los años ‘70, Owen escapa de la intimidación y rivalidad con su propio padre. Ante la mirada hipermasculina de su padre, sus intereses por la literatura son signo de afeminamiento. En suma, Owen se casa con Rose por la misma razón por la que ella se casa con él: ambos se encuentran en

la huida de su familia. En tanto subjetividades articuladas en la trama edípica, ambos buscan seguridad por medio de una obediencia tortuosa y cargada de culpa. Aquellas identificaciones con las que el sujeto emerge del Edipo, y a partir de las cuales se constituye la identidad sexual, son las que forman el superyó —“heredero del complejo de Edipo en el sentido que es el reemplazo de las catexis de objeto por las identificaciones” (Bleichmar, H., 2006, p. 15-16). Aún más, “el sentimiento de culpa es edípico, es un producto de la ambivalencia hacia el padre” (Jaramillo, 1992, p. 35).

Owen deja que Rose lo conduzca hacia el cumplimiento del proyecto heteronormativo de familia socialmente idealizado, un estilo de vida que la culpa lo compele a tener: una vida familiar monógama con hijos. Aún más, “Sálvame Rose, murmuraba él a veces en aquella época cuando estaba en la cama haciendo el amor” (Leavitt, 1994, p. 222). Leavitt parece sugerirnos que, a través de Rose, Owen desea ser como y tener a su padre —lo que Jessica Benjamin (1997) llama *amor identificatorio*. Incluso la muerte de su padre se menciona como un hito determinante en su decisión de casarse. El precio de la identificación temprana con su padre es el autodesprecio, pues este modelo identificatorio, y la cultura heteronormada que se sustenta en el tabú contra la homosexualidad (Rubin, 1986; Butler, 2001), entran la subjetividad de Owen con una intensa homofobia y una sensación generalizada de fracaso.

El hijo de Owen y Rose, Philip, es la concreción de lo que ambos han buscado en el matrimonio. Sin embargo, la homosexualidad de Philip precipita una relación intensamente conflictiva con sus padres, especialmente con Rose. Ella comienza a notar que Philip se vuelve cada vez más independiente y, al mismo tiempo, que se sumerge en un mundo de secretos. El orden que Rose se empeña en imprimir al mundo choca con la inmanejable posibilidad de que Philip y, más inquietante aún, su marido, la dejarán pronto. En el mundo fantasmático de Rose, su esposo y su hijo se superponen. Philip absorbe todos los miedos que Rose siente por Owen. Esta relación madre-hijo es congruente con la clásica estructura que subyace al romance familiar a la que el psicoanálisis suele apelar para explicar la producción de un hijo homosexual (Martínez, 2019). El fracaso de Owen a la hora de encarnar la ley simbólica abre espacio a Rose para dominar por completo la crianza de Philip. Ella lo equipara inconscientemente con Owen y mantiene con aquel una corriente agresiva y temerosa. Sin ir más lejos, Rose recuerda las consideraciones que Freud realiza sobre Leonardo da Vinci. En la famosa apreciación de la pintura de Leonardo, referenciada por Freud, coexiste una ternura ilimitada y con una amenaza siniestra. Sin dudas irrumpe, de modo subyacente, la figura de la madre en la explicación de la homosexualidad de Leonardo. Para Freud, “el niño echa de menos al padre y se ha hallado solo con la madre [...]. En efecto, en los primeros tres o cuatro años de vida se fijan impresiones y se abren camino modos de reacción frente al mundo exterior a los que ningún vivenciar posterior puede ya

arrebatar su significatividad. Si es cierto que los recuerdos no entendidos de la infancia y las fantasías que una persona construye sobre ellos ponen siempre de relieve lo más importante de su desarrollo anímico, el hecho [...] de que Leonardo pasara solo con su madre sus primeros años de vida tiene que haber ejercido por fuerza un influjo decisivo sobre la plasmación de su vida interior” (Freud, 1979, p. 84-86).

De joven, Philip se convierte en editor, como Rose. Se enamora perdidamente de Eliot, un joven profundamente idealizado y una fantasía viviente, pues fue criado por Derek Moulthorpe, el autor de una serie de cuentos para niños que Philip adoraba durante su infancia. Eliot está así vinculado fantasmáticamente con el mundo de la infancia de Philip, en él persigue el amor que su madre le ha negado. Incluso fue Rose quien introdujo por primera vez a Philip en los libros de Moulthorpe, después de haber editado algunos de ellos. Al momento de rechazarlo, Eliot le dice a Philip: “Lamento decirlo —dijo— pero la verdad es que, desde el principio, todo te lo has montado tú solo, yo únicamente he sido un maniquí, un símbolo de la persona a quien tú imaginabas querer, no la persona a quien querías” (Leavitt, 1994, p. 130). La fascinación de Philip por los padres de Eliot se vincula con la preocupación por sus propios padres. Philip les dice a sus padres que es gay mencionando deliberadamente que actualmente está viendo a alguien que creció bajo la tutela de Derek Moulthorpe. Encuentra allí la oportunidad de obtener lo más importante para él: la aceptación familiar de su homosexualidad. Luego de ser abandonado por Eliot, Philip establece un vínculo con Brad. En una primera aproximación, esto parece significar el triunfo del poder redentor del amor. Sin embargo, la novela termina con el enfrentamiento de Philip con su padre en una extraña escena. Owen comienza a contarle la historia de su vida a Philip, quien sabe que debería abrazar y consolar a su padre, pero ni siquiera se atreve a mirarlo a la cara porque allí se encarna la imagen palpable de sí mismo. La frase final de la novela sugiere que Philip se encuentra atravesado por sentimientos aún más profundos y fuertemente reprimidos. Al quedarse dormido en el suelo de su apartamento bajo una sábana que no cubre del todo sus pies, Philip se queda despierto durante mucho tiempo mirando los tobillos blancos de Owen a la luz de la luna brillante. No dormirá porque se ha enfrentado con algo sobre Owen que no ha estado dispuesto a reconocer, el hecho de sus propios anhelos incestuosos inconscientes.

Al igual que Rose, Philip no está del todo sorprendido por la revelación de la homosexualidad de su padre. Como Rose, sabía que su padre desaparecía todos los domingos por la tarde. Además, su salida del armario comenzó como la de su padre, con visitas furtivas al teatro Bijou para ver películas pornográficas. En su primera visita se le acercó un hombre de la edad de su padre: “Philip está fascinado por la película y apenas se da cuenta, unos minutos más tarde, de que un hombre de unos cincuenta años —uno de los paseantes— se sienta en la fila de delante, a la derecha de su butaca” (Leavitt, 1994,

p. 68). Aunque Philip permite que el hombre le practique sexo oral, permanece abrumado por la culpa y no puede mantener la erección. Mientras el hombre se abrocha la bragueta, Philip piensa en un episodio de su infancia en una montaña en Europa cuando su padre se abrocha la bragueta después de ayudarlo a orinar. Luego, vuelve a ver la película, ve la atracción erótica entre un chico rubio y un hombre con barba que dice: “Ven con papá” (Leavitt, 1994, p. 69).

A lo largo de la novela se reitera la pregunta por la causa de la homosexualidad de los personajes. Es notoria la preocupación de Owen por haber incidido de alguna manera en la orientación sexual de su hijo Philip. De hecho, abundan las reflexiones en las que Owen atribuye la orientación sexual de Philip al hecho de no haber sido un buen padre, influenciado por la tradicional narrativa de tintes psicoanalíticos que remite la homosexualidad masculina a la ausencia de una figura paterna que sea capaz de otorgar los dones fálicos que posibiliten la constitución de una posición masculina heterosexual. Esta lectura psicoanalítica contribuye a una consideración patologizante de las sexualidades no heterosexuales, que parte del acto de interrogar la etiología de las mismas presuponiendo su carácter desviado respecto de la constitución deseable y esperable.

II

Tal como queda en claro, la novela plasma la experiencia de la homosexualidad y la ruptura de la unidad familiar heteronormada. La clara incursión de Leavitt en el psicoanálisis como recurso presente en la novela es innegable. Apelando a los (des)arreglos biográficos de los personajes, el autor nos permite detectar la inestabilidad inherente a la familia tradicional. Sin embargo, este recurso deja al desnudo el lugar de la teoría psicoanalítica en la legitimación de estereotipos misóginos y homofóbicos. Bajo un intento de exponer los dilemas de la existencia homosexual, la narrativa psicoanalítica reintroduce una teleología heteronormativa que, finalmente, no desafía las identidades producidas por la estructura edípica. Así, en esta dirección, la novela hace presente la problemática de *salir del armario* en términos de autorrevelación y autorreconocimiento. Estos momentos irrumpen como expresiones dramáticas de un malestar social y familiar general. Puede señalarse que los personajes reclaman sus propias verdades y buscan hablar con sus propias voces auténticas. La novela nos enfrenta con el poder subterráneo de los secretos.

Al respecto Michel Foucault (2008) ha vinculado la revelación confesional con el modo en que se articula la sexualidad moderna. El pensador francés expone el trabajo disciplinar de producir la verdad y validarla científicamente. Afirma que “la verdad no reside en el sujeto solo que, confesando, la sacaría por entero a la luz [...] el que escucha [...] será el dueño de la verdad. Su función es hermenéutica. Respecto a la confesión, su poder [...] consiste en constituir, a través de la confesión y descifrándola, un discurso verdadero” (Foucault, 2008, p. 84). La confesión

ya no es una prueba, se convierte en un signo, y la sexualidad en algo que debe interpretarse. Foucault expone una serie de procedimientos y técnicas que no solo producen la verdad del sujeto vinculado con la sexualidad, sino que también la forma en que se produce la interioridad del sujeto y se inscribe allí aquella verdad como un asunto íntimo y secreto. Su preocupación apunta a señalar cómo “las astucias de la sexualidad, y del poder que sostiene su dispositivo, lograron someternos a esta austera monarquía del sexo, hasta el punto de destinarnos a la tarea indefinida de forzar su secreto y arrancar a esa sombra las confesiones más verdaderas” (Foucault, 2008, p. 194). Tal como señala David Halperin (2000), el dispositivo de la sexualidad “genera identidad sexual: dota a cada uno de nosotros con una naturaleza sexual individual, con una esencia personal definida (al menos en parte) en términos específicamente sexuales; implica que los seres humanos son individuados y diferenciados en su sexualidad y, por eso, pertenecen a distintos tipos o modos de ser” (Halperin, 2000, p. 23-24).

De este modo, el dispositivo de la sexualidad que Foucault teoriza no se limita a reprimir y negar la sexualidad, sino que la produce mediante saberes que articulan las identidades como verdad última del sujeto. A criterio del autor, “el psicoanálisis no puede disociarse de la generalización del dispositivo de sexualidad” (Foucault, 1976, p. 156), por tanto forma parte de este conglomerado de disciplinas cuyo saber extrae su fuerza del poder y no de la verdad.

Por su parte, Eve Kosofsky Sedgwick (1998), bajo un prisma foucaultiano, nos permite observar segmentos de la novela a partir del valor del productivo que prolifera y se expande en los silencios. De acuerdo con Sedgwick, preguntarse acerca del armario —figura que toma de la expresión *salir del armario*, metáfora de declararse abiertamente homosexual— significa indagar acerca de las relaciones entre lo conocido, lo desconocido, lo explícito y lo implícito en torno a la definición de la homo/heterosexualidad. En esta dirección, el silencio debe ser considerado como acto discursivo solidario a la producción de conocimiento y como pieza clave del dispositivo de la sexualidad —y en particular de los componentes de tal dispositivo que articulan la definición de la homo/heterosexualidad. El silencio resulta así tan intencionado y transformativo como el discurso, e íntimamente ligado a la ignorancia y sus efectos a gran escala utilizados para lograr imposiciones en la sexualidad. En la novela, el papel del silencio y la ignorancia no es dejado de lado. Y, aunque son los personajes de Philip y Owen quienes *salen del armario*, es Rose quien muestra el protagonismo del silencio de manera más clara. Por ejemplo, durante casi la totalidad de la novela de Leavitt, Rose no es consciente de la homosexualidad de su marido. La novela insiste en su ignorancia. Ni una sola vez en veintisiete años de un matrimonio sexualmente insatisfactorio, ha sospechado sobre la homosexualidad de su marido. Es un secreto a voces, ella lo encuentra por accidente un domingo por la tarde en Greenwich Village, y tiene la sensación de que

su esposo es un extraño, que nunca lo ha conocido realmente. Leavitt lo describe de este modo: “Veintisiete años de matrimonio, pensó, y apenas lo conozco. Se sentía ignorante e insensible, aislada en su propia vida. Había tropezado en una esquina extraña con su marido, que se dirigía a algún sitio misterioso, y, tras hablar un par de minutos con él como si fueran dos perfectos desconocidos, habían seguido cada uno su camino. Y lo que más le llamaba la atención era lo poco sorprendida que estaba” (Leavitt, 1994, p. 21).

De esta manera, en términos de Sedgwick, el personaje de Rose señala la función de la ignorancia como un privilegio epistemológico que permite imponer términos heterosexistas. Inclusive, en un alegato explícito en favor de la función de la ignorancia, Rose le dice a Philip que “Guardar algunas cosas en secreto es importante para el equilibrio general de la vida, para el beneficio común” (Leavitt, 1994, p. 138), después de que él les haya contado su secreto e insistido en que no hay más secretos en la familia. Por su parte, queda claro que Rose es experta en el autoengaño y en sofocar la cadena de revelaciones que amenaza el orden familiar. En razón de ello, podemos especular aquello que no se revela en la novela y suponer que, probablemente, aceptará a Owen de regreso a pesar de que él ha insistido en que tendrá relaciones sexuales con hombres. Rose queda retratada como una persona que, lejos de transformar su posicionamiento subjetivo a partir de la experiencia, nunca estará en paz consigo misma y será presa eternamente de la edición normativa del texto de su vida y de su familia. Desde el punto de vista de Sedgwick, “la ignorancia y la opacidad actúan en connivencia o compiten con el saber en la activación de corrientes de energía, de deseo, de productos, de significados y de personas” (Sedgwick, 1998, p. 15). Es el silencio y no el conocimiento aquello que hace consistir a Rose como una mujer heterosexual que integra un matrimonio consolidado en la crianza de un hijo. Así, todo indica que la opacidad con la que Rose es capaz de leer su compromiso con el dispositivo de la heterosexualidad se encuentra anudada a la ignorancia a la que ella misma se aferra. La novela muestra la violencia con la que el silencio y sus circuitos se sostienen y articulan una amenaza virulenta sobre la vida de Rose.

Reflexiones finales

El arco de autores explorados en este trabajo elabora críticas hacia el psicoanálisis y afirma su participación necesaria en el dispositivo moderno de la sexualidad. Tras los pasos de Foucault, Sedgwick hace propias tales críticas. Desde su punto de vista, la teoría psicoanalítica junto con su pluralidad de taxonomías conceptuales parecía ofrecer de forma prometedora un marco para abordar la diferencia, pero, en su lugar, se convirtió “en la más sofisticada de las disciplinas metateóricas, refinada hasta elegantes entidades operativas como la madre, el padre, el preedípico, el edípico” (Sedgwick, 1998, p. 37). Asimismo, Sedgwick no duda en afirmar que existe un núcleo psicoanalí-

tico represivo y conservador camuflado bajo las formas institucionales que se presentan al margen de las contiendas políticas en torno a la sexualidad. En palabras de la autora: “en los confines institucionales menos teorizados del discurso intrapsicoanalítico, un restringido y severamente normativo programa ético de erradicación de la diferencia se ha cobijado durante mucho tiempo bajo narrativas del desarrollo y una metáfora de la salud y la patología” (Sedgwick, 1998, p. 37).

Con todo, tal como hemos señalado, a lo largo de la novela Leavitt se propone exponer el malestar de la familia tradicional norteamericana a partir del silenciamiento socio-cultural de la homosexualidad. También hemos notado que el psicoanálisis parece ofrecer herramientas para explicar la gesta biográfica del padecimiento subjetivo y su transmisión intergeneracional —claramente vinculado con el conflicto edípico. En efecto, el psicoanálisis se erige como telón de fondo y referente implícito en el relato de Leavitt. Esto resulta claro no solo por la constante apelación a la novela familiar edípica como fuente de causas del devenir subjetivo de los personajes, sino también por la inapreciable presencia de un caso clínico incluido como breve capítulo que, llamativamente, no se entrama fluidamente con la historia de la novela. Aún más, afirmamos que, lejos de constituir un tramo significativo del relato, la inclusión de este caso atestigua la forma en que el autor presenta al psicoanálisis como clave de lectura. Sin embargo, la heteronorma reingresa indefectiblemente aun cuando la intencionalidad del autor es tematizar el sufrimiento de las identidades no heterosexuales. Esto no llama la atención puesto que la matriz heterosexual participa de la producción de los saberes en torno a las identidades (legítimas e ilegítimas), y el psicoanálisis no es ajeno al horizonte histórico y epistemológico bajo el cual se entretejen sus saberes. De hecho, Leavitt no es capaz de cuestionar el modelo de familia, al cual subyace las estructuras del parentesco —de acuerdo a Butler (2006), heterosexuales de antemano— que el Edipo contribuye a consolidar. Incluso, es posible advertir que la escritura de Leavitt vislumbra una comprensión del psicoanálisis —propia de la recepción de este marco teórico en el contexto norteamericano— que abraza un modelo determinista e intra-subjetivo. Por tanto, no puede deshacerse de la a-historicidad y universalización que envuelve a sus postulados teóricos.

El panorama presentado nos permite advertir el modo en que, desde una mirada foucaultiana, la heteronormatividad toma su lugar en el saber psicoanalítico. Finalmente, estas consideraciones y el recorrido aquí propuesto pretenden constituir una vía posible para poner en marcha reflexiones epistemológicas que permitan abordar críticamente las categorías psicoanalíticas y sus usos canónicos a la hora de aproximarnos a las sexualidades e identidades no heterosexuales.

REFERENCIAS

- Aulagnier, P. (1991). Los dos principios del funcionamiento identificatorio, permanencia y cambio. En L. Hornstein y otros (Comp.). *Cuerpo, Historia, Interpretación*. Buenos Aires: Paidós.
- Aulagnier, P. (2004). *La violencia de la interpretación. Del pictograma al enunciado*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Benjamin, J. (1997). *Sujetos iguales, objetos de amor*. Buenos Aires: Paidós.
- Bleichmar, H. (2006). *Introducción al estudio de las perversiones*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Bleichmar, S. (2000). *Clínica psicoanalítica y neogénesis*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Butler, J. (2001). *Mecanismos psíquicos del poder*. Madrid: Cátedra.
- Butler, J. (2006). *Deshacer el género*. Buenos Aires: Paidós.
- Butler, J. (2008). *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del 'sexo'*. Buenos Aires: Paidós.
- Chodorow, N. (1994). *Femininities, Masculinities, Sexualities: Freud and Beyond*. Lexington: University Press of Kentucky.
- Foucault, M. (2008). *La voluntad de saber. Historia de la sexualidad Vol. 1. Siglo XXI: México*.
- Freud, S. (1979). Tres ensayos de teoría sexual. En *Obras Completas*, Tomo VII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1979). Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci. En *Obras Completas*, Tomo XI. Buenos Aires: Amorrortu.
- Halperin, D. (2000). ¿Hay una historia de la sexualidad? En *Grafías de Eros. Historia, Género e Identidades Sexuales*. Buenos Aires: EDELP.
- Jaramillo, J. (1992). El sentimiento de culpa, el súper yo y la pulsión de muerte. *Revista Colombiana de Psicología*, 1: 30-37.
- Leavitt, D. (1994). *El lenguaje perdido de las grúas*. Barcelona: Anagrama.
- Martínez, A. (2019). Del homosexual misógino a la marica feminista. Aportes para una desidentificación política más allá del Edipo. *Culturales*, 7, e457.
- Millett, K. (1995). *Política sexual*. Madrid: Cátedra.
- Péraldi, F. (1978). "The Crane-Child". En A. Roland (Ed.). *Psychoanalysis, Creativity, and Literature. A French-American Inquiry* (pp. 96-102). New York: Columbia University Press.
- Rubin, G. (1986). El tráfico de mujeres. Notas sobre una economía política del sexo. *Nueva Antropología*, Vol. VIII. N° 30: 95-145.
- Sedgwick, E. K. (1998). *Epistemología del armario*. Barcelona: La tempestad.
- Wittig, M. (2005). *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*. Madrid: Egales.